

Jesús Fernández Lozano



Reyes de Aire y
Agua



Cápside Editorial

© 2013, Jesús Fernández Lozano

Ilustración de portada:

© 2013, Olga Esther

<http://olgaesther.blogspot.com.es/>

De esta edición:

© 2013, Cápside Editorial

<https://www.facebook.com/reyesdeaireyagua>

Editor: Sergio Mars

Primera edición: Octubre 2013



ISBN:

Depósito legal:

Impresión: Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo del autor.

[...] y todas estas historias estaban en sus mentes, no de los niños, sino de los Hombres, y en tanto que contaban algo que les parecía verdadero, perduraban de una a otra generación a través de los siglos, mientras que las que no resonaban con eco en sus corazones se hundían como guijarros en los ríos de la Memoria.

Sir Arthur Walden
«*New Tales of the Ancient Lands*»

Canción para la reina de los grajos

Reina de los Grajos,
de todos los volatineros,
¿es por tu amor que debo afrontar nuevos pesares?
Jovial como una brasa recién encendida
ardió mi corazón en el hogar del pecho.
Conmigo te mostraste obsequiosa,
suave era tu plumaje y ligero tu paso.
Tocado por tu hechizo, fácilmente cruzaba el cielo,
mas no están hechos los hombres de etérea materia
ni las aves del metal de la constancia.
Me vi al cabo arrojado de tu abrazo,
herido y magullado por la brusca tierra.

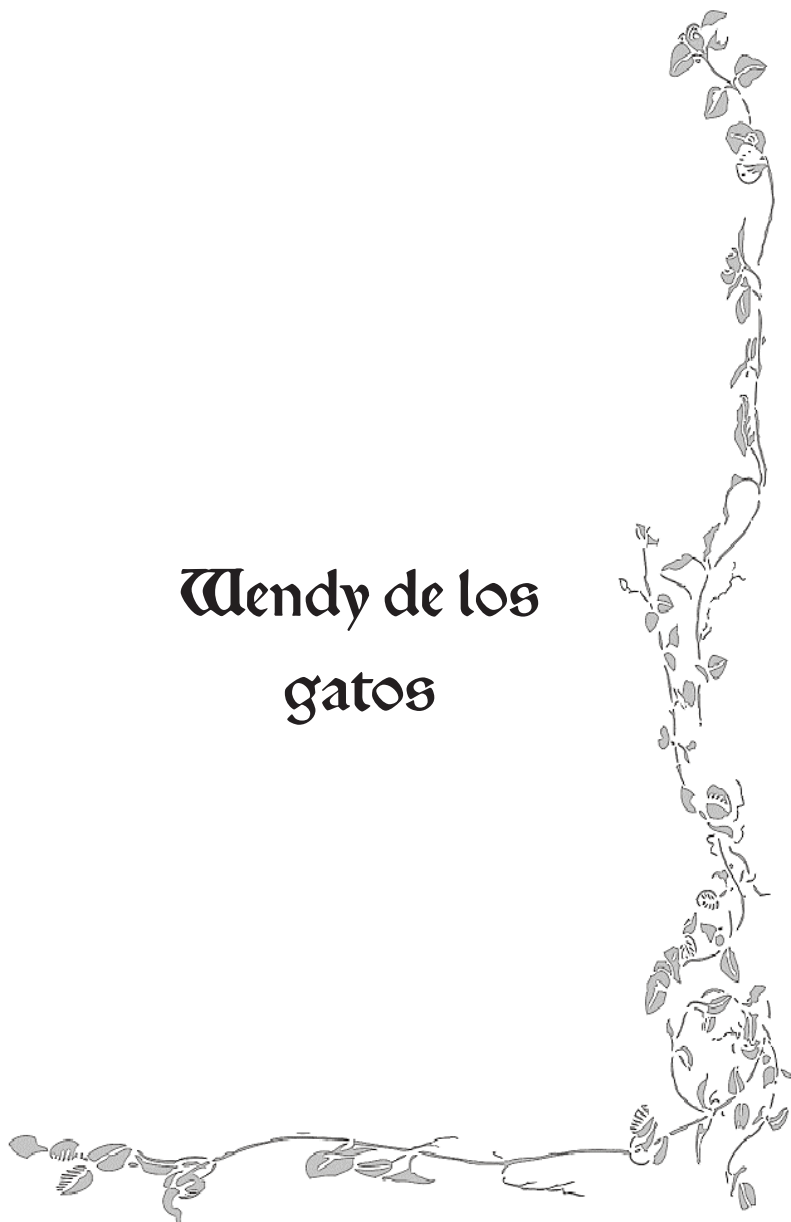
Reina de los Grajos,
ahora los caminos me irritan y molestan,
por fuerza pesarosos para quien caminó entre nubes.
Demasiado bien recuerdo tu rostro:
como un animal salvaje marcaste mi pecho.
¿No me liberarás de esta atadura?
¿No harás que mi amor por ti se desvanezca?
No distinto soy de un barbo cogido en su anzuelo,
rumiando en su cubil con dolorida boca.
Reina de las Cornejas
tu lazo me enrojece el cuello,
torpe estoy y poco hábil para deshacerlo.
Pero mírame ahora: ¡caliente el fuego!

Soplo el fogón, así, la brillante brasa.
Tome el cuchillo el color de la sangre
para curar la herida, para cortar la soga,
para extraer el doloroso anzuelo.
¿Qué es el amor sino un anzuelo que por accidente
en un corazón blando se queda prendido,
dejando tan sólo labor para el cirujano?
Aprieto los dientes, bailo una danza,
al son del tambor te expulso.
La sangre que te quiso no es sangre que desee,
viértase pues en alegre sangría,
para renovar el corazón que con tu recuerdo se agosta.

Reina de los Grajos,
después de tu marcha debo afrontar nuevos pesares,
de tu amor me quedó enredada
una curvada espina metálica.



Wendy de los gatos



De las grandes tortugas y el sueño de Maya

Una joven llamada Maya soñó un gato, o el sueño del gato era una joven llamada Maya. Ambos soñaron y el sueño fluyó goteante hacia los ríos por donde navegan las historias. Allí lo vio un hombre, y enseguida encargó a un pescador que lo atrapara porque le pareció que brillaba y tenía escamas iridiscentes. Pero la red se rompió, pues el sueño nadaba vigorosamente, y hombre y pescador pensaron que no podrían atraparlo. Pero el pescador, que conocía los ardidés de los sueños y que había soñado mucho él mismo, llamó a una tortuga que acudió presurosa a la orilla. Hablándole cortésmente, le pidió montar en su lomo, y la tortuga le permitió subir porque aquel sueño no le era desconocido. Así que de esta manera se lanzaron en pos del sueño, como han hecho todos los hombres antes que ellos y como harán todos los hombres después. Porque aunque las grandes tortugas ya no se dejan montar como hicieron en un tiempo, no se ha extinguido en los hombres la sed de sueños, y aún los persiguen corriendo desde la orilla. Pero ya rara vez los alcanzan, y se contentan con escuchar los cuentos que hace mucho tiempo fueron pescados y soñados, a veces por un mirlo, a veces por un ratón, a veces por una joven, a veces por un gato.

Pero este sueño sí fue capturado y, como todos los sueños una vez caen en las redes y son llevados a la orilla, se convirtió de inmediato en una historia. Y el pescador y el hombre vieron que en el sueño había una joven llamada Maya que soñaba con un gato, y también un gato que soñaba a una joven llamada Maya. Y lo que vieron fue más

tarde escrito y así quedó atrapado definitivamente por las únicas redes capaces de retener los sueños. Y el sueño de Maya, que fue luego pez y después historia, se convirtió finalmente en cuento, conservado en ámbar por el embrujo de las palabras, tal y como ustedes podrán ver a continuación.

☞ Preludio ☞

Los extraños sucesos que acaecieron en el pueblecito de Peltre y la importancia que los zapatos tuvieron en su momento

Un día los niños de Peltre dejaron de crecer. No todos, claro, porque muchos siguieron haciéndolo y con el correr del tiempo se hicieron hombres hechos y derechos; algunos buenos, otros no tanto, cada uno según su condición. Sin embargo, los niños que llegaban a los cuatro años se quedaban allí, como esperando algo, y ya no se movían de esa edad. Y esto tardó tiempo en revelarse, pero cuando pasaron un par de años y hermanos y primos siguieron galopando con esa prisa que se da la juventud por hacerse efímera, los padres notaron que sus hijos seguían usando los mismos zapatos, y las mismas camisas, y los mismos pantalones y esto se convirtió en motivo de preocupación y murmuraciones. Pasado el tiempo suficiente, la mayor parte de los niños de Peltre contaba con cuatro años, y nadie acertaba a explicarse la razón de este suceso excepcional. El verdadero motivo de aquello nunca llegó a saberse, aunque ustedes si lo sabrán, tal es la magia de los cuentos; de modo que si encuentran a algún vecino de Peltre, le harán un gran favor contándole esta historia, aunque es posible que se ría y piense que le tomáis el pelo, pues tan notable es y tan extraña que resulta difícil admitir para un hombre que no somos sino briznas de hierba a merced de vientos cambiantes, y que tan fugaz y efímera es nuestra felicidad que a veces depende tan sólo del sueño de un gato.



El Rey Cri

Era una calurosa noche de verano, suave y untosa como miel. Una noche de estrellas claras y polillas voladoras, de leves brisas y céfiros fugaces, una noche preciosa y tranquila como una perla. Una noche de cuento, como se vio después, que tenía el embrujo de las cosas que empiezan; la magia erizaba los lomos de los gatos callejeros y en el cielo una luna cornuda desordenaba las cartas de los echadores de cartas y agitaba el corazón de los bosques allí donde todavía quedaban corazones que agitar.

No es buena compañera la luna cornuda: hace creer a los locos que pueden volar, hace creer a los insomnes que pueden soñar, hace creer a los perdedores que pueden ganar y a los jóvenes les hace pensar que vivirán para siempre. Pero también ocurren cosas buenas cuando reina la luna cornuda: se dan besos que no se darían bajo otra luna, las telas de las arañas vibran con el aire eléctrico y todo es, básicamente, posible. Pero lo que pocos saben, y es algo de temer, es que a la muerte también le gusta la luna cornuda, y pasea cuando puede aquí y allá bajo el cielo estival, oliendo los jazmines y las damas de noche.

Justo en medio de un jardín de damas de noche había una casa de tejado de pizarra, y en ese tejado había una gata, y en la casa una niña, y la gata se llamaba Wendy y la niña se llamaba Maya. La gata miraba el jardín, la noche y la luna, aspiraba el aroma de las brisas del verano y escuchaba los sonidos del aire; y ese

aire cálido y amigable traía con él la canción de un grillo de jardín que cantaba más abajo.

Los grillos han sido un pueblo injustamente desconocido en el correr del tiempo. De su raza han surgido grandes poetas y contadores de historias, pero sobre todo, tal vez debido a su ceguera, la capacidad más notable de cualquier grillo es la de ver el futuro. No a todos les ocurre, claro, y no siempre, pero cuando los cuernos de la luna trepan al cielo y contemplan con altivez las vidas de los mortales, los grillos tienen visiones que regalan a las demás criaturas en su canto nocturno. Por desgracia, muy pocos conocen su lengua, que es tachada de monótona por los ignorantes, de modo que este conocimiento a menudo se pierde como rosas sobre un suelo estéril. El más famoso de todos, y al tiempo el más desconocido, pues los grillos son un pueblo subterráneo y misterioso, es su Rey, cuyo nombre es Cri.

Nadie sabe dónde vive ni, a ciencia cierta, qué aspecto tiene, y como los grillos no se ven los unos a los otros y sus voces se parecen, a veces al oír un canto especialmente afinado o una historia especialmente hermosa enseguida se la atribuyen, pues es sabido que el Rey Cri no tiene rival en su canto, y que ve más allá que el que ve más allá de los grillos, y no le son ajenas las artes mágicas y es más anciano que el más anciano de los suyos.

El caso es que allá en el jardín, bajo la luna cornuda, bajo el tejado de pizarra, bajo la hermosa figura de Wendy la gata y bajo una hoja de trébol silvestre, cantaba un grillo. Era una canción muy conocida por los suyos, que suelen recordarla para burlarse de las criaturas que no entienden su canto, y aun así era hermosa, por más que a todos los oídos sonara simple y monótona. Decía para quien supiera entenderla:

Oh, mi dulce amor en un campo de algodón,
por ti canté cada noche con mi lacado violín.

Ahora que me has abandonado
sólo hago cri-cri.

Despreciaste mi canción tejida de oro,
el verano de nuestro amor llegó a su fin.

Soy un grillo pequeño y negro
que sólo hace cri-cri.

Huiste por siempre de mi lado,
te fuiste lejos a otro jardín.

Mi corazón que por ti latía
ahora sólo hace cri-cri.

Ya no canto en la oscura noche,
me he vuelto un borrachín.

Desde que no veo tu rostro
sólo hago cri-cri.

Vuelve mi amor bajo la hoja de col,
a construir nuestro hogar en un cajón de serrín.

Cantemos los dos bajo la Luna:
Cri-cri, Cri-cri.

Esto decía el grillo, y otros grillos le respondían a lo lejos, hasta que Wendy decidió bajar y buscarlo, porque es sabido que los gatos han sido y son enemigos naturales de muchas razas: azote de polillas, de grillos, de los pueblos roedores y en general de toda criatura pequeña que les ande cerca, pero no porque sean malvados, sino porque ésa es su naturaleza y se comportan sabiamente al obedecerla, como el grillo se comporta sabiamente al entonar su canto.

Descendió por la cañería que daba al jardín y se acercó al césped, aguzó el oído y se acercó con suave cadencia a la isleta de tréboles de donde provenía la canción, que para Wendy no era sino un ruido. Pero si es fino el oído de los gatos, más lo es el de los grillos y, como es su costumbre, apenas éste notó que algo se acercaba a su escondite, cesó de cantar de inmediato, de modo que el silencio y la oscuridad cubrieron el jardín; y tal vez una sombra aún más oscura, que el grillo presintió, pero no Wendy, ocupada como estaba en su cacería.

Olisqueó aquí y allá pero no encontró al cantor, tal vez porque el grillo era muy astuto, tal vez porque era el Rey Cri, del que se dice que nunca ha sido visto por gato alguno, salvo una vez, y esto lo veremos más adelante. De modo que con gesto aburrido dirigió sus sedosos pasos hacia la casa y penetró en ella por la gatera.

Apenas se hubo alejado un metro y, también según su costumbre, el grillo comenzó a cantar de nuevo, pero no era en esta ocasión una canción, sino que la magia lo había tocado por un instante, y esto fue lo que dijo:

Cuídate, gato, de la luna cornuda.
Trae el verano presagios de Invierno.
Una hoja seca eres presta a caer del árbol.
Pasaron tus días de cazador de aves.

Y por extraño que parezca, ya no cantó más aquella noche.

☞ II ☞

Donde una rata roba algo a un ratón con inesperadas consecuencias y oímos hablar de los mágicos ovillos que nunca se enredan

Penetró Wendy con andar perezoso en la casa, y con nocturno sentimiento se encaminó al dormitorio de Maya, donde un blando cojín custodiaba de ordinario sus sueños de gata. Bostezó. Una fría brisa le acarició las patas, tan fría que le hizo estremecerse por un momento, y una sombra fugaz, rauda, veloz como la vida, asomó por el rabillo de su ojo para desaparecer en el vacío de la casa. En el dormitorio dormía Maya con la rosada faz de los sueños felices. La gata se acercó al rostro de la niña con el paso menudo del aire; se sentía débil. Allí sobre la cama se hizo un ovillo. Miró por la ventana y vio un enorme gato negro, del tamaño aproximado de un poni, sobre la delgada rama de un árbol. Se mantenía allí, ingravido, fosfórico, resplandeciente. Era un gato muy hermoso, con garras azabache y ojos estrellados. Wendy sintió aquel terrible frío por última vez y murió. Y aquel gato, que era a la vez gato y sombra, saltó a un árbol contiguo y de ahí a otro, cada vez más alto, y esperó a que Wendy lo siguiera. Y saltaba de tal manera que daba la sensación de que en su último salto alcanzaría el cielo. Y la pequeña Maya, que dormía junto a Wendy, soñó en aquel momento con el cielo de los gatos, que es un gran cojín que nunca se araña, y ovillos con los que jugar que nunca se enredan y cortinas que nunca se rasgan aunque te afiles las uñas en ellas. Pero esto lo soñó Maya porque era una niña, pues

nadie sabe en realidad cómo es el cielo de los gatos. Acaso Wendy soñó un bosque donde los gatos fueran reyes como lo fueron antaño, y la caza fuera buena y los pájaros abundantes y todos los perros estuvieran lejos.

Es cierto que puede perderse la vida en un instante, pero al igual que la vida, puede perderse la muerte. Y esto fue lo que le sucedió a Wendy, que ya brincaba hacia los salvajes bosques celestiales cuando volvió por última vez sus bigotes hacia la niña. La luna caía como un camino de plata e iluminaba jardín, alfeizar y cama cuando un jugueteón rayo plateado, acaso extraviado de sus hermanos lunares, fue a descubrir una enorme rata que subía hacia el dormitorio. Tan terrible era y tan malvada su apariencia que el mismo rayo, nada más tocarla, huyó veloz a iluminar otras cosas menos desagradables. La rata quedó de nuevo en la sombra, pero los ojos de Wendy, acostumbrados a quehaceres nocturnos, rasgaron la noche como un cuchillo. Miró al cielo y miró a la rata, y una duda dividió su corazón inmóvil: pues si poderosa es la llamada de la muerte, no menos atávica es la costumbre de perseguir a todos los roedores. Se detuvo, como si un deber no cumplido la atara todavía al polvo y a la tierra. Descendió por las mismas ramas por las que había subido con el paso sigiloso del cazador, asomaron sus uñas como cuchillas ancestrales y nada que no fuera la caza ocupó su corazón en aquel momento. Subió por la pared y penetró de nuevo en el cuarto, desde donde dos ojos rojos iluminaron las tinieblas. Maya seguía durmiendo con respiraciones acompañadas. La rata se introdujo bajo la almohada, cerca de la cabeza de la niña, y pareció rebuscar por allí durante un rato. Wendy descendió con el sigilo de una pluma y esperó al roedor a la cabecera de la cama, por donde había entrado, segura de recibirlo con un zarpazo de fría

plata. La rata no tardó en aparecer de nuevo. Sus ojos eran malévolos acompañados por la penumbra. En la boca llevaba el primer diente de leche que la niña había dejado bajo su almohada, como hacen todos los niños esperando encontrar un regalo a la mañana siguiente. Y Wendy la vio y las garras le asomaron por debajo de las patas de terciopelo, pero entonces ocurrió algo inesperado: la rata se quedó mirando a su enemigo con una leve sonrisa, dio un chillido que pareció una carcajada y atravesó el cuerpo espectral de la gata como si no fuera más que un jirón de niebla. Perpleja, sólo entonces se dio cuenta de su situación, cuando contempló con un escalofrío que le recorrió el lomo su cuerpo todavía caliente sobre la cama. Aún instintivamente saltó en pos del roedor, de la cama al suelo, del suelo a la escalera, de la escalera a la puerta, pero cada vez que lanzaba un zarpazo, su garra atravesaba el aire con la fuerza de una bruma, de un sueño de garra que fue garra una vez y ahora es sólo un recuerdo. Finalmente la rata se perdió en el jardín, donde los grillos seguían cantando y las polillas volando, en un mundo donde desde entonces habría un gato menos.



Llámenme Sr. Pérez

Sí, la situación de Wendy era apurada, sobre todo cuando al subir de nuevo al dormitorio comprobó que no había rastro del gran gato ni del camino de ramas, y que el cielo que veía sobre su cabeza, si bien era un cielo hermoso, no era el cielo de los gatos. Comprendió con miedo que se había quedado en la tierra de en medio, ni aquí ni allí, y no sabía qué hacer.

Sin embargo, aunque Wendy comenzaba a darse cuenta de algunas de las consecuencias de los sucesos de aquella noche, nos es preciso hablar un momento de un héroe entre los ratones, una figura de leyenda entre los comedores de queso, para comprender en su totalidad las repercusiones que tuvieron para los habitantes de Peltre. Su nombre entre los de su pueblo es Mikal Oglu, aunque los niños y los padres lo llaman de otra manera. Desde que el primer niño mudó el primer diente, Mikal Oglu estaba allí para llevárselo al lugar donde se van almacenando ésas y otras muchas cosas de la infancia. Pero como no es un ratón malvado, ni un asaltador de caminos, nunca olvida dejar algo a cambio de cada diente que se lleva; y como es generoso, su visita suele a la mañana siguiente ser motivo de alegría para los que se despiertan.

Y este nombre, que es leyenda y orgullo para los ratones, es también conocido por los gatos, que no le dan caza a decir de ellos mismos, aunque los ratones sostienen que en realidad nunca ha habido un gato lo bastante hábil para cazarlo. Y de este modo, Mikal

Oglu, con su mochila al hombro y sus pequeñas botas, ha escapado siempre de todos los peligros: perros y gatos, ratas y ratoneras, trampas y venenos. Muy pocos lo han visto, pero siempre debajo de la almohada deja una prueba de su visita.

Aquella noche Mikal Oglu visitó a Maya y buscó debajo de su almohada, y debajo de la cama, buscó en los bolsillos de su camisón y en los pliegues de las sábanas, buscó en la mesita de noche y dentro de sus zapatillas. Y como era de corazón bondadoso no se dio por satisfecho y buscó dentro del armario y bajo la alfombra. Pero como no lograba nada, le hizo cosquillas a Maya para que abriera la boca, y sí, efectivamente, allí faltaba un diente. Y siguió buscando, y se aseguró de que la niña no lo tuviera guardado en la mano, ni en ninguno de los cofrecitos donde atesoraba joyitas brillantes, ni en ningún lugar secreto, pues los ratones son buenos descubriendo escondrijos. Y en fin, buscó hasta que lo alcanzó el alba y tuvo que irse, porque al igual que ningún gato ha atrapado jamás a Mikal Oglu, tampoco ningún niño lo ha visto, y Maya estaba pronta a despertar.

Así que con paso ágil alcanzó el alfeizar de la ventana, miró por última vez a la niña y dijo: «Esto no es bueno».

☞ IV ☞

A veces sólo puedes sentarte y beber (y escuchar a un mago borracho)

Nada de esto supo Wendy, ni tampoco vio marcharse al pequeño ratón con gesto apenado, ni al día siguiente asistió a su propio entierro; y tampoco vio llorar a Maya, ni sintió el beso que le dio la niña antes de entregar su cuerpo a la mullida tierra, ni tampoco notó la caricia que otro niño, tan serio que parecía tener el porte de un rey, le daba antes de cogerle la mano a Maya, de la que dicen que se convirtió con el correr del tiempo en bruja, aunque eso se cuenta en otra parte.

No, no vio ni supo nada de esto, sino que anduvo errante de aquí para allá, desorientada, aprendiendo con extrañeza las cualidades de su nuevo estado. Comprobó que si bien su figura era translúcida, nada más tocarla el primer rayo de sol volvíase toda ella invisible, intangible acaso, porque es sabido que el Sol y el día son enemigos de los fantasmas, que raramente son vistos mientras el azul puede distinguirse. De esta manera, aunque sólo por hábito, Wendy descansaba durante el día y erraba por las noches. Por un tiempo estuvo rondando su casa, viendo su jardín, su valla, su cojín, pero estos recuerdos le resultaban dolorosos, de modo que poco a poco se fue alejando de allí, cada día algo más, hasta que sintió que nada la ataba ya a lugar alguno y vagó aquí y allá, como hacen las almas que han perdido su lugar y pasan el tiempo buscando algo que no logran encontrar.

Diría que fue azar lo que le ocurrió después a nuestra gata, pero no es azar que todas las almas perdidas

terminen tarde o temprano al abrigo de una taberna. Sí, las almas virtuosas se reúnen en las iglesias y las almas perdidas se reúnen en las tabernas, pero todas son almas al fin y al cabo, y cada una tendrá al final que rendir sus cuentas.

Hasta allí llegó Wendy, hasta una posada llamada justamente «La Taberna de En Medio», y entró porque la música era agradable y el ambiente cálido y acogedor, y necesitaba un rincón donde acurrucarse y lamer las heridas de su corazoncito de gata. Así que penetró en el interior y fue deambulando entre los pies de los parroquianos, que no parecían verla, lo cual era algo a lo que empezaba a acostumbrarse. De un salto subió a la barra y se estuvo paseando por allí, oteando a la clientela y buscando un sitio tranquilo donde tumbarse. Avanzó hasta el final del mostrador, donde un hombre tenía apoyada la cabeza en la barra y le bloqueaba el paso. Esto no le preocupó demasiado, pues su cuerpo tenía la consistencia de la bruma, pero cuando se acercaba para atravesar al hombre, éste levantó la cabeza y la miró fijamente con una expresión de reconocimiento. Sorprendida, Wendy se paró en seco con curiosidad. Entonces el hombre, dirigiéndose a ella claramente dijo:

—Hola, pequeña amiga.

Wendy estaba petrificada por la sorpresa. No sólo porque el hombre pareciera verla, sino porque entendía lo que decía, cosa que nunca le había ocurrido con un humano.

Ahora sí que le dedicó una mirada atenta a aquel hombre tan singular. Tenía el pelo muy largo y enredadas melenas le caían de la cabeza y la barba, de suerte que su cara era un enigma oculto tras el pelo. No obstante, los ojos eran hermosos y finos los labios, y a pesar

del acento que la ebriedad otorgaba a sus palabras hablaba con cortesía. Los dedos de las manos eran delgados y largos, y se fijó en ellos porque cuando las movía aquí y allá unas pequeñas chispas salían de sus puntas. Wendy seguía sin decir nada, así que fue el hombre el que continuó:

—Querida señorita, en tal estado se encuentra mi viejo corazón que no otra compañía sino un gato muerto deseo para esta noche. Bebed conmigo. —Y como para sí, improvisó una canción muy desafinada que decía más o menos:

Lo que me diste y lo que te di
cabe en un vaso de buen licor.
¿Quién, amor mío, querría estar junto a ti ahora,
cuando puede estar con una botella
junto al fantasma de un gato muerto?

Y al terminar, con triste tono, prorrumpió en una ahogada carcajada que más parecía un sollozo y se enjugó la nariz.

—Sabed que yo —continuó, viendo que Wendy se había sentado con ademán de escucharlo, lo cual es peligroso si se tiene prisa, pero bien es verdad que ella tenía todo el tiempo del mundo—, yo... fui... soy un poderoso mago. Me habréis oído nombrar... Mi nombre... —Y aquí hizo un gesto que sugirió un gran esfuerzo de memoria—. ¡Mi nombre no importa! —dijo finalmente con expresión de alivio—. Tenía una bonita torre, llena de libros y magia, y era un hechicero respetado, créeme. Pero nada bueno dura eternamente, ni nada malo —le hizo un guiño a la gata—, de modo que un día me levanté con una ligera indisposición que al principio atribuí a una digestión pesada. Tomé una mixtura preparada por mí

mismo y esperé a que se me pasara. Pero conforme avanzaban los días, me di cuenta de que acaso no era el estómago lo que me importunaba. Crecía frente a mi ventana un inmenso campo de flores de pétalos blancos y corazón dorado, hermosas como una perpetua puesta de sol...

—Margaritas —le interrumpió Wendy.

—¿Eh? —exclamó el mago, como volviendo de algún lugar muy lejano de sus recuerdos.

—Que esas flores de pétalos blancos eran margaritas —aclaró Wendy.

—¡Vaya con la gatita lista! —le espetó con tono enfadado—. ¡Ya sé que eran margaritas! Pero da la casualidad de que por ciertas circunstancias personales ese nombre me trae dolorosos recuerdos, de forma que procuro no mencionarlo. Pero ahora que has arrojado sal sobre mis heridas, supongo que da lo mismo.

—Lo siento.

—Sí, bueno, era un campo de margaritas. ¡Margaritas! ¡Margaritas! ¡Margaritas! Malditas flores, ¡que el diablo las confunda! —Hizo una pausa y continuó—: Pues en ese campo de margaritas encontré a la criatura más preciosa que hombre alguno haya visto. Y desde entonces los libros ya no me interesaban como antes, ni los viejos filósofos, ni los tratados de magia; desde entonces sólo pensaba en, bueno, en flores blancas. —Se detuvo un instante para apurar el vaso y el licor le corrió por la barba encharcada ya de muchas copas—. ¿Sabes lo peor que tiene la vida? ¡Que te mueres! ¿Y lo peor que tienen las flores? ¡Que se secan! Ah, no era el estómago lo que me dolía, pero estaba igualmente enfermo, ¡enfermo de esa dolencia estúpida e incurable que sólo se alivia con grandes dosis de alcohol! Y lo sabía, sabía que después de la primavera llega el verano, y al final

el invierno, pero tan hermoso era que pensé que merecían la pena mil crudos inviernos por disfrutar una primavera como aquélla. El amor, amiguita, no es distinto a cualquier otra cosa perecedera. Crece, madura, y finalmente muere. Pero esto poca gente se para a pensarlo, y el hecho de que yo lo supiera me convierte en el doble de tonto. Sólo la magia puede cambiar eso, y el amor es también algo mágico. Si un mago no cree ni siquiera un poco en la magia, ¿quién va a hacerlo? Pero llegó mi invierno y casi no me di cuenta; sentí algo de frío y de repente ya lo tenía encima. Granizo en el corazón y escarcha sobre los hombros. Pero me quiso, ¿sabes? Al menos durante un tiempo, y eso es inapelable. Mientras estuvimos juntos creo que hicimos que el mundo fuera un lugar más agradable, y no hay libro de magia que explique eso. Me lo tomo bien, de veras. Lo contrario sería como enfadarse con la noche porque llega el día, pero eso no significa que duela menos. Por eso me estoy medicando. —Levantó con una sonrisa la botella—. ¡El remedio universal del Doctor Curalotodo! ¡Arf! Duele como si te clavaran hielo en el pecho. —Se acercó hasta casi tocar el hocico de Wendy con su propia nariz—. ¿Te gustaría saber un secreto? —preguntó, y Wendy asintió con la cabeza—. Cuando lo sepas ningún dolor durará eternamente. Bien, todo lo que tienes que saber es esto: que todas las cosas mejoran si uno bebe durante el tiempo suficiente. Recuérdalo, es una gran verdad de la naturaleza. Los dioses le dieron al hombre el amor y el alcohol el mismo día, porque sabían que iba a necesitar grandes cantidades de ambos. Ah, pero dejemos mi historia. Es sólo la historia de otro viejo lamiéndose las heridas. ¿Qué hace una gaita tan linda como tú caminando entre mundos?

Y entonces el mago se sentó en una esquina y le ofreció su regazo con gesto protector, y Wendy se hizo

allí un ovillo y sintió el calor del cuerpo del hombre, que era grato y amigable, y le contó cuanto le había sucedido, y por primera vez desde que comenzara su aventura se echó a llorar porque se daba cuenta de que estaba lejos de casa, ni viva ni muerta, y que no sabía cómo encontrar su lugar en un mundo que había dejado de comprender.

—Vaya, sí que lo siento —dijo el mago cuando Wendy guardó silencio—. Y lo siento doblemente porque conozco al causante de tu desgracia.

En este punto Wendy alzó las orejas con tensa atención.

—Pero no me está permitido decírtelo. Pertenezco a la Orden de Hermes. Cosas de magos, no hablamos de nuestros negocios con gente de fuera.

Wendy le miró con la mirada más suplicante que ha puesto nunca gata alguna, y el mago, que al fin era de buen corazón, echó tan largo trago que terminó la botella, y con ojos vidriosos dijo: «Bah, al diablo», y le contó cuanto sabía.

Índice

Canción para la reina de los grajos

7

Wendy de los gatos

9

El rey que no podía dormir

61

Rafensthalf

93

Cómo el rey de los grillos consiguió su violín

165

Maeve

(Cuento de absenta)

183

Canción del rey de los sapos

239